

Luis Merino Reyes (1)

El chiquillo blanco



A llamaban Leonarda, aunque nadie sabía con precisión si ese nombre era el suyo. Al mirarla inmóvil, con la faz sonriente y los ojos perdidos en su propia ensoñación, podía relacionarse su cabeza con la de un león sucio y maltrecho. Cuando reía, sus mandíbulas y sus dientes anchos y amarillos, presagiaban un extraño mordisco. La impresión se desvanecía al escucharla vocear los diarios, uno generalmente pues carecía de permiso municipal, con afán infantil lleno de indolencia y capricho.

Atendida a lo que sus amistades laboriosas querían darle, corría detrás de los transeúntes con un ejemplar del periódico en la mano izquierda, alargado como una bandeja y regresaba, sin dejar de sonreír, al banco de piedra donde pasaba el día.

Si la pequeña hazaña se frustraba, la repetía con frívola tenacidad hasta que el transeúnte más imprevisto satisfacía su oferta.

(1) De la poesía, de moderno corte clásico, pasa Luis Merino Reyes a abordar el cuento con lozana fluidez y sazónada amenidad. De trazos vigorosos en fuerte relieve, imprime al relato la acusada personalidad de un estilo vivo, sobrio, preciso.

Merino Reyes, nació en 1912. «Los Egoístas» y «Muro de Cal», son sus libros de cuentos anteriores. «El chiquillo blanco» y es el título del próximo.—L. D.

Próximo a ella trabajaba su marido, El Mocho. Le venía el apodo de que no tenía orejas. Había nacido con ellas tapadas, carentes de lóbulo y de pabellón, recogidas y arrugadas en su cabeza.

Pero El Mocho sabía leer y hasta copiaba con lentitud las actas del sindicato de lustradores, al cual él tampoco pertenecía, huérfano como Leonarda, de permiso municipal.

Leonarda tenía el cabello rubio, algo oxidado, tan largo que le alcanzaba los hombros. Sus ojos eran de un intenso color añil que hacía pensar en un cruzamiento no muy distante de razas nórdicas. Mezcla que efectuada al revés, gracias a la unión de ella con El Mocho, produjo la hinchazón de su vientre y el hecho molesto de que caminara desacompasada pregonando, eso sí, con acento eufónico, como si llevara vacías las entrañas.

Su labor anárquica, a la caza del dinero que no querían ganar los otros, se tornó más pesada. Su vientre se extendió hacia adelante como una proa sudorosa y turgente, hasta que el trabajo se hizo imposible cuando los dolores la encarcelaron en una jaula de cruces rebanadas y la hicieron gritar: —¡No puedo más Moocho! ¡Mátame Moocho! ¡Quiero morirme!—Ordenes que El Mocho cumplió llevándola a un hospital, donde le extrajeron un chiquillo rubio, igual a ella, tan distinto del padre como un huevo de una castaña.

Más dueña que nunca de su sonrisa impávida, volvió con el crío envuelto en pañales, obsequio estos últimos, de las señoritas católicas, a su cuartucho. La guiaba El Mocho solícito, dando pasos cortos, como si caminara sin avanzar con sus piernas habituadas a la plenitud de otros esfuerzos.

Escasa leche brotaba de sus pechos, prematuramente flácidos y poco berreaba el chiquillo en demanda de su alimento, pero tenía la piel blanca como nieve, tan blanca que se hacía transparente en la zona de las orejas perfectas, libres de la herencia mocha de su padre, y sobre su cráneo inmenso rebullía una pelusa trigueña que Leonarda acariciaba con deleite, como si

pasara los dedos cargados de flúidos sensibles, por la superficie velluda de un durazno.

—Es lindo mi chiquillo, murmuró risueña sin albergar ningún otro sentimiento, proyectada con sencillez hacia el más simple de los estados de ánimo.

El Mocho miró al niño rubio, furioso contraste a su rostro moreno y pálido; a su mechón oscuro caído sobre la frente y sin anticipar caricias ni melindres, salió a la calle. El dinero tenía que ganarse con prisa después de tres días sin trabajar, preocupados del nacimiento del famoso crío que no se le parecía como tampoco se parecía él a Leonarda.

Fué un buen día y las monedas cayeron al cajón para lustrar zapatos que le prestaba su amigo El Terrible, con gozosa frecuencia; siempre hermanados un peso con otro peso de acuerdo con la nueva tarifa. Además, el buen día estaba hermoso, claro, abierto y perforaba la diáfana y fría atmósfera, el sol de invierno que inmovilizaba en los bancos de piedra a los transeúntes como reptiles frente a una flauta.

Trabajó sin descanso hasta que los cielos se arrebolaron y los grupos de nubecillas detuvieron sus matices volubles y cálidos, detrás de los ramajes esfumados de los árboles y de los metales de las sombrías estatuas.

Estaba oscuro cuando guardó en el cajón su frasco de tinta, sus trapos y escobillas y su caja de negra pasta, que él sabía gastar en forma imperceptible, dando la impresión de que cubría y recubría la superficie del zapato, pero sin enseñar jamás el brillo dorado del fondo. Al fin todos los oficios requieren su inteligencia... Alzó después la vista, ahita de mirar cueros más o menos iguales y experimentó dentro de sí una sensación agri-dulce, semejante a la dicha y a la pena, que podía resolverse en una carcajada, en una palabrota y hasta en un puñete.

Determinó volver al cuartucho sin pasar por la cantina luminosa donde sus amigos se chanceaban sin que él lograra, muchas veces, comprenderlos.

Meditaba en que mientras Leonarda no pudiera trabajar, voceando diarios ajenos y revistas cuyos nombres no sabía distinguir, nadie más que él debería procurarles el alimento. Después ella se quedaría con el chiquillo en un banco, mientras él cazaría pesos en lo que fuera, tuerto o derecho, limpio o sucio. De ese modo organizaba sus ocupaciones futuras, pero, entretanto, recordó que Leonarda y el chiquillo estaban en el cuartucho y que era preciso apresurarse con el fin de ganar la delantera a los camaradas que dormían allí mismo y que llegaban a botarse en sus payasas saturados de fatiga y alcohol.

La noche comenzaba a enfriarse y el viento helado le raspó la nuca. —La lesera de bañarse tan seguido me está fregando, pensó. —Ansioso de obtener dinero se bañaba en lugar de sus amigos notificados por los inspectores de aseo y les vendía en seguida el comprobante. Aquello duraría mientras no lo sorprendieran o hasta el momento en que un delator se vengara de cualquier cosa, acusándolo. Aceleró la marcha y se introdujo en un almacén de comestibles. Un buen día merecía festejo y compró dos botellas de vino y una caja de sardinas que, junto con la harina tostada que Leonarda atesoraba en el cuarto, completarían la abundante cena.

Ella lo aguardaba tranquila, sonriendo de esa manera tan propia que apenas recortaba las comisuras de su boca, y caminando pausada alrededor del fuego donde hervía la tetera con agua.

—Se lo ha llevado llorando, dijo Leonarda y mostró a la criatura como una maquinilla que no supiera manejar. Y todavía no me baja la leche...

El Mocho observó sus labios y las miradas de ambos se cruzaron sobre la cabeza rubia del crío, guiados por una fresca sencillez que los impulsaba como niños hacia un nuevo y difícil juguete. Este lloraba en una esquina del camastro, cubierto hasta la barbilla por la frazada sebosa, de la cual contrastaba como una

luz, con su blusita celeste donada también por las señoritas católicas. Un olor denso a cola recalentada saturaba la atmósfera.

El hombre depositó en el camastro la caja de sardinas, destapó una botella y se bebió un trago largo.

—Tenía sed, dijo pronto.

Leonarda se aproximó con la mano estirada y murmuró entre risas:

—Pasa p'acá, te lo vai a tomar too...

Ingurgitó el alcohol haciendo sonar su garganta y al instante sus grandes pupilas de añil brillaron felices.

—El Terrible me trajo un tarro de leche ácida, habló sin preocuparse de que El Mocho tradujera en sus labios. Me he llevado dándole como dijo la enfermera, pero siempre llora... ¡Es más mamón!

De nuevo miraron al crío que ahora dormía con las manos empuñadas fuera de la frazada y con la nariz brillante de mucosidad.

—Tan lindo mi chiquillo blanco, exclamó Leonarda y al momento preguntó, como ella sabía hacerlo, al Mocho: —¿Vendiste la tarjeta del baño?

El hombre replicó con un quejido y empuñó otra vez la botella.

—¡Dame!, insistió con enojo Leonarda y antes de mascar las sardinas, descontrapesado su cuerpo con el alcohol, que regaba su organismo, se tendió en el camastro, bien pegada al niño blanco, dormido bajo la inmunda frazada.

El Mocho empezó a comer en cuclillas a la vez que bebía con muda y rítmica frecuencia. Cuando eructó y se limpió los dientes con un palo de fósforo, Leonarda ya estaba dormida junto al crío.

El Mocho entreabrió la puerta de la calle, orinó largamente y borracho, de súbito, con el cambio de temperatura, recorrió balanceándose la distancia que lo separaba del camastro y cayó aplomado junto al cuerpo de su mujer. Nada pudo impedir que

ocurriera lo de siempre, entre las escamas pesadas del sueño, en la intimidad sudorosa del estrecho abrazo. Después el grupo permaneció indiferente, seguros tal vez de que El Terrible y los otros compañeros de cuarto, llegarían al amanecer si es que regresaban. El silencio de la noche se replegó sobre los tres y la luz callejera los envolvió en su nimbo.

De improviso Leonarda despertó y miró a su alrededor. El Mocho magro y sudoroso roncaba con suavidad haciendo un ruido análogo al hervor de la tetera; entre los dos estaba el crío tranquilo, pero cambiado, sin la blancura rubia que cimentaba el oigullo de su madre, negro y feo como el mismo Mocho.

—Me lo han cambiado, pensó vagamente la mujer, dolorida su cabeza con las brumas tóxicas, sacudido de náuseas su estómago desprovisto.

—¡Moocho! ¡Moocho!, gritó pronto con sonriente extravío. Está igual a ti el chiquillo. ¡Mocho! ¡Mocho!

Pero las oiejas mochas del hombres se destacaban más nítidas que nunca, implacablemente selladas. Leonarda lo sacudió con todas sus fuerzas, hasta que renunciando a despertarlo, murmuró angustiada: —¡Está igual a ti, Mocho, el cabro!— y cayó como una mole, con los ojos nublados por las lágrimas sobre el crío asfixiado.